

gen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones (rr) que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dixé á esta cabra, quando aquí llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta

es

es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolixo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo, que habia dicho muy bien el Cura, en

decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quixote, que le dixo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilidad de poder començar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuviéades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del Abadesa y de quantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando pero las leyes de caballería que mandan, que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quixote de tan mal pelage y catadura, admiróse y preguntó al Barbero que cerca de sí tenia: señor ¿quien es este

hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el Barbero, sino el muy famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes que hacian todo eso, que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza (1). Sois un grandísimo bellaco, dixo á esta sazón Don Quixote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y hablando (2), arrebató

(1) Este cabrero habia leído ú oído leer, lo que la sabia Ipermea dixo de Don Olivante de Laura, que fue lo siguiente: *vos sereis luz de todos los caballeros andantes, espejo de toda bondad, favor de los necesitados, amparo de las viudas, defensor de las doncellas, deshacedor de los agravios, destruidor de los malhechores.* (Lib. I, cap. VII.)

(2) *Diciendo y haciendo*, debería decir, por ser esta una errata de imprenta conocida, pues este mismo de

de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con quantas véras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrámbas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo quanto en ella estaba. Don Quixote que se vió libre, acudió á subir sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábasele (cc) el Canónigo y el Cura; mas el Barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debaxo de sí á Don Quixote, sobre el qual llovió tanto número de moxicones,

la lengua es invariable; y así en la P. I. cap. XXII, p. 68. dixo el mismo Cervantes: y diciendo y haciendo.

que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los quadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia estan trabados: soño Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyéron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oírle fué Don Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del cabrero barto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dexó luego, y Don Quixote se puso en pie volviendo

asimesmo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto baxaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los Lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese : y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla : y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines : y como esto le cayó en las miéntes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho

su espada, subió sobre Rocinante y abrazó su adarga, y dixo en alta voz á todos los que presentes estaban : agora, valerosa compañía, verédes quanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería : agora digo que verédes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes : y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes : bien que fuéron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuviéron las voces que Sancho le daba, diciendo : ¿ adonde va, señor Don Quixote, que demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra Fe Católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Virgen sin mancilla : mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho,

porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dixo : vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuviéron fuéron los que la imágen llevaban; y uno de los quatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quixote, le respondió diciendo : señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quixote, y es esta, que luego al punto dexeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habédes fecho:

y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayéron todos los que las oyéron que Don Quixote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quixote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada, arremetió á las andas (1). Uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga á sus compañeros, salió al encuen-

(1) Todo este pasage opina el caballero Jarvis en una nota á su traduccion inglesa que es una fina satira contra la veneracion de las imágenes, admirándose de que la haya dexado correr el Santo Oficio. Ya en otra nota al cap. XIII de esta misma Parte I, sobre reprobar Bivaldo que los caballeros andantes no se acordasen en los peligros de encomendarse á Dios, sino á sus damas, indica el referido Jarvis que en esto se conforma Cervantes con la doctrina de los heterodoxos. Verdaderamente que es preciso tener los aposentos del celebre tan huecos y vacios casi como el mismo Don Quixote para deducir semejantes ilaciones de los mencionados textos, tan injuriosas á la piedad y catolicismo de Miguel de Cervantes, acreditado en la *Vida* y en sus *Obras*; y que tales deslumbramientos del entendimiento humano deben servir de grande exemplo y freno á los comentadores para no interpretar á los autores originales tan voluntaria y maliciosamente; pues, por obligarlos á decir lo que jamas les pasó por la imaginacion, les pegan hasta las opiniones de sus sectas.

tro de Don Quixote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quixote encima de un hombro por el mesmo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra (нн) villana fuerza, que el pobre Don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fuéron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie ni mano y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quixote adónde él estaba, mas los de la procesion, que los viéron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un

remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotos, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro Cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fuéron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyéron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡ó honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el qual faltando tú en él quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡ó liberal sobre todos los Alexandros, pues

por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor Ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quixote, y la primera palabra que dixo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombre hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destes señores que su bien desean, y allí darémos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien decis (1), Sancho, respondió Don Quixote, y será gran prudencia dexar pasar el mal influxo de las estrellas que agora corre (1). El Canónigo y el Cura y Barbero

(1) En esta resolucion se conforma Don Quixote con la

le dixéron, que haria muy bien en hacer lo que decia: y así habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quixote en el carro, como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos: los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia: el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quixote, si sanaba de su locura ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividiéron y apartáron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quixote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino, que el Cura quiso y acabo de seis dias llegaron á la aldea de

costumbre de otros caballeros andantes, como son Amadís de Gaula, y Esplandian, á quienes, juntamente con sus señoras, tenia por su bien encantados en la Insula Firme su amiga, la maga ó bruxa Urganda, hasta que pasase el mal influxo de las estrellas. (*Amadís de Gaula*: lib. 6, cap. 18.)

Don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la qual atravesó el carró de Don Quixote. Acudiéron todos á ver lo que en el carro venia, y quando conociéron á su compatrioto, quedáron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su Ama y á su Sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo y tendido sobre un monton de heno y sobre un carró de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se diéron, las maldiciones que de nuevo echáron á los malditos libros de caballerías, todo lo qual se renovó quando viéron entrar á Don Quixote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quixote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó, fué, que si venia bueno el asno. Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo ¿que bien habeis sacado

de vuestras escuderías? ¿que saboyana (1) me traeis á mí? ¿que zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dixo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dixo Panza, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me veréis presto Conde, ó Gobernador de una Ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que

(1) Era una gala de muger, introducida de Saboya en España. Blas de Aytona publicó en Cuenca, año de 1605. varias coplas, y entre ellas un cantar sobre la saboyana, con este estribillo:

*Comprame una saboyana,
 Marido, así os guarde Dios:
 Comprame una saboyana,
 Pues las otras tienen dos.
 Quando me paro á la puerta,
 O me pongo á mi ventana,
 Mas me querria ver muerta
 Que verme sin saboyana, etc.*

pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme ¿que es eso de Ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho; á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oírte llamar Señoría de todos tus vasallos. ¿Que es lo que decis, Sancho, de Señorías, Ínsulas, y vasallos? respondió (κκ) Juana Panza, que así se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos (1). No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad y cose la boca: solo te sabré decir así de paso,

(1) Esta costumbre de la Mancha se usaba tambien en Francia, de donde volvió y se adoptó modernamente por algunas en España, segun la reprehendia un poeta de nuestros tiempos, entre otras costumbres que las españolas habian adoptado de las francesas:

*Amanecio contenta con su doña,
Y acostose madama de Borgoña;
Pues, aunque su apellido es de Velasco,
Comenzo á causarle asco
Quando supo que en Francia las casadas
Estan acostumbradas
A dexar para siempre su apellido,
Por casarse aun así con su marido, etc.*

que

que no hay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quixote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en que parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los

libros de caballerías, allí pidiéron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedáron confusas y temerosas, de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imagináron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligéncia ha buscado los bechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo ménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quixote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasáron cosas dignas de su valor y buen entendimiento (1). Ni de su

(1) De estas Justas hacen mencion los interlocutores, que introduce Don Geronimo Ximenez de Urrea en su *Dialogo de la Verdadera Honra militar*: fol. 76.

Franco. *Hame dicho que si queremos ver Justas, salgamos presto, que en el Coso se justa, y él ha topado por la calle los mantenedores, que van á la plaza.*

Altamirano. *Por quien se hace la fiesta?*

fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera; si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dixo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la qual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas (1), pero en versos castellanos,

Franco. *Es una de las ordinarias que celebran los caballeros de esta tierra.*

Altamirano. *Como ordinaria? que en pocas partes fuera de la Corte se acostumbra.*

Franco. *Sabed que los caballeros de esta ciudad tienen una Cofradia en memoria de su patron San Jorge, y es que son obligados á justar tres veces en el año, y á torrear á caballo otras tantas, y esta Justa de hoy es una dellas.*

Estas se llamaban las Justas del Arnes. *Vease P. II. cap. IV. y LIX.*

(1) En esta ficcion imitó Cervantes el estilo de otros autores de libros de caballerias, que fingian haberlos hallado en parages escondidos y por extraños modos, especialmente el del autor de *Amadis de Gaula*, donde hablando del lib. IV. ó de las *Sergas de Esplandian*, dice Garci Ordoñez de Montalvo (como le llama Don Nicolas Antonio: *Bibliot. Nova*: ó Garci Rodriguez, como se llama él en el prólogo) que *parecio en una tumba de piedra que debaxo de la tierra en una ermita cerca de Constantinopla fue hallado, é traído por un ungaro mercader á estas partes de España en letra é pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabian*. Es igualmente esta ficcion

que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mesmo Don Quixote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El qual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mesmo credito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras pri-

uno de los pocos lugares, con que parece quiso Cervantes persuadir á los lectores que Don Quixote habia florecido en tiempos muy remotos, como lo acredita el caracter gótico y el pergamino, en que dice estaban escritos estos versos; pero habiéndose dexado de usar la letra gótica en tiempo del rey Don Alonso VI, quando no se usaban todavia versos castellanos, no parece esta invencion de las mas verisimiles.

meras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA
HOC SCRIPSERUNT.

El monicongo, académico de la Argamasilla, á la sepultura de Don Quixote

EPITAFIO.

El calvatuerno (1) que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta;
El juicio que tuvo la veleta,
Aguda, donde fuera mejor ancha:

El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grabó versos en broncea plancha:

El que á cola dexó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bazarria:

El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debaxo desta losa fria.

(1) Se dice del que tiene la cabeza atronada, y es vocinglero y alocado.

Del Paniaguado, académico de la Argamasilla, in laudem Dulcinea del Toboso

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fué el gran Quixote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansado:

Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta Manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,

Ella dexó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

Del caprichoso, discretísimo académico de la Argamasilla en loor de Rocinante caballo de Don Quixote de la Mancha

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte,
Tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
Nuevas proezas; pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,

Hoy á Quixote le corona el Aula
Do (1) Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

Del Burlador, académico argamasillesco, á Sancho Panza.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico;
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser Conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.

Sobre él anduvo (con perdon se miente)

(1) En las primeras ediciones se decia *de*: la Real Academia Española substituyó acertadamente el adverbio *do*, reputando esta por errata de imprenta conocida.

Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.

¡O vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

Del Cachidiablo, académico de la Argamasilla, en la sepultura de Don Quixote

EPITAFIO.

Aquí yace el Caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel,
que vió el trato de escudero.

Del Tiquitoc, académico de la Argamasilla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.

Fué de castiza ralea,

y tuvo asomos de dama,
del gran Quixote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fuéron los versos que se pudieron leer : los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un Académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigiliass y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quixote.

Forsi altro canterà con miglior plettro. (1)

(1) Este verso está tomado del *Orlando* de Ludovico Ariosto (cant. XXX. estancia ú octava 16.); pero no está copiado fielmente, pues en su texto original se lee así :

Forse altri canterà con miglior plettro.

Al fin del cap. I, de la parte II, vuelve á citar Cervantes este mismo pasage del Ariosto, diciendo:

*Y cómo del Catay recibió el cetro
Quizá otro cantará con mejor plectro.*

El segundo de estos dos versos contiene la traducción castellana del italiano puesto arriba : y con ellos, añade el mismo Cervantes, como que profetizó el Ariosto que otros poetas continuarían su obra; y que así se cumplió, pues Luis Barahona de Soto escribió las *Lágrimas de Angélica*, y Lope de Vega su *Hermosura*. Así parece

tambien que Cervantes adivina aquí que otro autor continuaria su obra, escribiendo la historia de la tercera salida de Don Quixote, como se verificó en el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, de quien no tanto se ofendió nuestro autor, y se amohinó por su *Continuacion*, quanto porque, lejos de escribirla con mejor plectro ó lira, la escribió con pluma mal templada, tosca y obscena.

FIN DEL TOMO QUARTO.

VARIANTES

DE ESTE TOMO CUARTO.

Las letras puestas entre parentesis corresponden á las que van esparcidas por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichas letras.

(a) PÁG. 1. El epígrafe de este capítulo xxxv, en las primeras ediciones dice solamente : *Donde se da fin á la Novela del Curioso Impertinente*, y lo demas está en el cap. xxxvi, pero fuera de su lugar, porque allí no se trata de la batalla de Don Quixote con los cueros de vino. sino en el xxxv, por lo que en esta edicion se ha pasado de aquel á este la parte que le corresponde.

(b) Pág. 1. Del *caramanchon* donde reposaba. *La segunda* : del *camaranchon* donde reposaba.

(c) Pág. 5. *Alta y famosa señora. La segunda* : *alta y fermosa señora.*

(d) Pág. 10. Era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse *qualificada* en sus amores llegó á tanto que.... se iba tras él á suelta rienda. *La segunda* : Era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse *calificada* en sus amores llegó á tanto, etc.

(e) Pág. 16. Claramente conoció que se le iba acabando la vida. *La segunda* : claramente